

su vida médica, 1919, portador ya de un gran éxito profesional, se introduce Marañón en los terrenos literario e histórico, aunque todos sus trabajos contengan facetas médicas. Llama la atención que en 1926, para sus *Tres ensayos sobre la vida sexual*, no pide el prólogo a un médico, sino a un escritor, a su amigo Pérez de Ayala; con ello muestra su independencia con respecto al pobre panorama médico que le rodeaba y, además, se sale del campo ramplón de la medicina *sensu stricto* para introducirse de lleno en el amplio terreno intelectual; ese mismo año publica treinta y seis trabajos, tres por mes. Tercero, que cuanto hace y cuanto publica está, seria, concienzuda, rotundamente imbuido de una seriedad y una perfección no comunes entonces.

Marañón, que había llegado a ser la personalidad médica más destacada, empieza a ser también una de las personalidades públicas de más relieve en España: Marañón, Unamuno, Ortega... No hubo rincón de nuestra piel de toro en el que no se tuviera de Marañón un concepto casi mítico. ¿A qué fue esto debido? Mi interpretación es ésta: su gran vocación intelectual ambientalmente modelada, le aportó una enorme y precoz cultura general para completar la estructura de su personalidad médica; sustentada, por esas mismas razones, en una ética concienciada. Sumándose la cultura a la experiencia médica y a la dignidad humana, el resultado no pudo ser otro que el hombre Gregorio Marañón, *magister humani generis*. Nunca hasta entonces, ni tampoco después, se había dado en la medicina española, ni en la del mundo, un caso igual, *primus inter pares*.

## Claves del éxito de Marañón

¿Cuáles pueden ser las claves de este éxito personal? Este tema concreto ha sido abordado concienzudamente por Laín Entralgo. Sin embargo, voy a intentar esquematizarlas a mi manera: considerando a cada una de las claves como un don personal.

### *Primera. Sentido autodidáctico de la voluntad*

Desde su juventud tuvo un exquisito sentido autodisciplinario de la voluntad para realizar su vida con la mayor perfección posible o con la menor imperfección, nivel que sólo puede alcanzarse partiendo de un ambiente no impurificado por los venenos habituales de la sociedad o autoinmunizado contra ellos. El terreno del hogar Marañón, esposo y esposa —Marañón, Moya—, había sido abonado por los contactos permanentes con la más seleccionada atmósfera tanto en la niñez, como en la adolescencia y en la juventud. Para Marañón la voluntad fue desde su niñez un tesoro de capacidades. Nunca, ni en los momentos angustiosos del exilio, le fracasó la voluntad.

### *Segunda. Consciente diferenciación entre el bien y el mal*

Brotaba de lo más hondo de su alma. Era evidente su autoadocctrinamiento perfecto para distinguir entre lo que estaba bien y lo que estaba mal en el ambiente en que vivió. Eso hizo a Marañón aceptar la imperfección como denominador común de las acciones humanas y sacar partido útil de lo imperfecto. Era él quien se afanaba por hacer las cosas lo mejor que podía; por eso podía aconsejar al prójimo. Véase el texto de esta carta:

Querido Vega: puede usted creer que después de usted mismo nadie sentirá su situación como yo. La conozco a medias. Pero el gran cariño que le tengo me autoriza a pensar que una parte de sus inconvenientes en la vida se deben a que olvida un consejo que se ha repetido muchas veces y que yo, que lo he tenido siempre presente, estimo como fundamental: *en la vida hay (que) contar con la imperfección*. Lo es en todas partes y, en bastantes aspectos, más que en ninguna parte entre nosotros. Claro que aquí hay también cosas no perfectas, pero parecidas a la perfección o a una imperfección utilizable, que en otros sitios no se encontrarían. Hay que transigir con lo que no está bien. Hablo sólo de lo médico y social, que presumo ha tenido mucha parte en esa crisis de su curso. Porque lo familiar, conociendo a su buenísima y encantadora mujer, tiene que arreglarse enseguida. Basta de sermón, usted tiene una obligación con usted mismo, con su reputación creciente, en el caso del curso, con los colaboradores comprometidos, con el público, con sus conferencias anteriores (la que yo oí la mejor suya y una de las más perfectas que he escuchado en los últimos tiempos)...

Sus disturbios anteriores en otros sitios, deben aumentar en usted la capacidad de parecer soportable. Perdón que le hable así. El viernes le oiremos: es necesario. Y adelante. Ya sabe cuanto le quiere su amigo, Marañón.—Miércoles.

### *Tercera. Espíritu de tolerancia y comprensión de las divergencias*

Una tolerancia insuperable ante todas las dimensiones humanas que le llevó, desde edad muy juvenil, a aceptar toda idea diferente de la suya como complementaria para el aprendizaje humano; y siempre con respeto para el punto de vista del prójimo. En cierta ocasión yo le escribí comentando algo que no le agradó; al día siguiente me lo dijo con tanta elegancia y quedé tan afectado que le escribí repitiéndole mi petición de perdón. Pocas horas después tenía yo una carta manuscrita de la que extraigo estas palabras:

Leí su carta. Ya hablaremos. No le preocupe lo que me dijera. Aquí sí que mi liberalismo no claudica. No me explico la convivencia sin absoluta libertad de criterio.

Con honesto sentido del humor escribió Celso Arango que la tolerancia de Marañón se le antojaba intolerable. Era, sin duda, la que se debía esperar de quien, cuando empezaba a madurar, fue rebelde ante la injusticia. Recuérdense su actitud frente a los que negaron la cátedra a Jiménez Díaz; su encarcelamiento por la dictadura de Primo de Rivera; su artículo en la revista *Germa* de la F.U.E., etc. ¿Cómo pudo superar, sin explotar, las inmorales faenas que le hicieron al dictaminar tesis doctorales, personas que tenían mucho que agradecerle y a las que en tribunales anteriores él había rendido pleitesías que deberían ser correspondidas? Pues bien, Marañón nunca conservó rencor, ni mostró quemazón espiritual ante sus compañeros de Claustro. Un colega suyo, urólogo, que había estado en los tribunales de esos sucesos me dijo años después: «Yo nunca hubiese aguantado aquello sin decirle a aquel vaina lo que merecía». Marañón era una roca de diamante, por tanto, de diamantina imperturbabilidad.

Solamente tres veces vi a Marañón desencajado y fuera de sí. La primera, cuando en un rincón de la sala del hospital me contó la violencia pública de que había sido víctima su esposa en un bar de San Sebastián a las pocas horas de haber regresado a España, tras el exilio, por un grupo de señoras a las que consideraba amigas. Hasta se le hincharon los ojos, sin llegar al llanto, y le tembló la voz; y eso que ya había transcurrido algún tiempo. La segunda fue cuando un día, al salir del hospital, a las dos de

la tarde me llevó hasta mi casa en su coche. Estaba enterado, por mi mujer, de que en la madrugada del día anterior me había detenido la policía en mi casa y que había sido puesto en libertad por exigencias del general Carlos Asensio (para quien mi gratitud es imborrable). Pero yo ignoraba que también a él habían pretendido detenerle a la misma hora. Se negó rotundamente a acompañar a los policías, que lo hubieran hecho a la fuerza si el general Aranda, que vivía en la misma casa, no se hubiese interpuesto con energía militar. Me refirió detalles de lo ocurrido, algunos muy dolorosos para él, de los que nunca más quiso hablar. Pocos meses más tarde me enteré en todos sus detalles de lo que había ocurrido, por el secretario del propio juzgado —llegué a tener en mis manos durante cuarenta y ocho horas todos los pliegos del proceso, sin conocimiento del juez militar, un conocido marqués—. Fui a mostrarle el expediente a Toledo y en su cuartito de estudio lo revisó mientras se le caía el alma a los pies por algo que yo no había advertido, pues si yo hubiese leído aquello con detenimiento, nunca se lo habría dado a leer... Unicas dos ocasiones en que aquel ejemplar de perfección humana perdió su inmarcesible equilibrio mental. La tercera fue cuando descubrió que un colaborador suyo cuyo libro había prologado, era un terrible plagario. Me llamó para darme a leer los comentarios aparecidos en una revista hispanoamericana que yo ya conocía y me pidió opinión sobre el caso. Le mostré el libro inglés del que estaban copiadas páginas enteras. Aquella tarde recibió al interesado y al siguiente día, ya más tranquilo, me llevó aparte y me dijo: «Me pidió perdón y le perdoné; pero me entristece descubrir esas inmoralidades».

Esta tolerancia de Marañón hizo, en terreno político que más adelante tocaré, que su Instituto fuera, antes y después de la guerra civil, centro de convivencia de médicos con las ideas más dispares u opuestas, que bajo el amparo de aquel santo varón de la liberalidad, se sentían vivos y no aplastados. Para muchos que en aquellos tiempos estábamos proscritos, el rincón de trabajo marañoniano fue un nido de cordura y de amistad; una escuela de civilidad en el desierto de la medicina española, en el que para trabajar había que tener antecedentes de falangismo o religiosos o patente de persecutor de izquierdistas y exhibir documentos de adhesión al régimen. Marañón quiso que eso que Laín Entralgo llamó «la España que no pudo ser», fuera. Honestidad y camaradería era lo que bajo el magisterio de Marañón se exigía, con la vana pretensión de parecernos a él.

En conexión con avatares políticos, ofrezco otro ejemplo. Marañón había sido reiteradamente invitado a dar una serie de conferencias en México. Ignacio Chávez avaló su invitación personal con la del Presidente de la República, tres veces, según me contó. Marañón no se decidía porque sabía, a ciencia cierta, que algunos exiliados políticos españoles no le perdonaban unas declaraciones hechas a cierta revista francesa al llegar exiliado a París. Poco a poco, esos españoles fueron cambiando de opinión, influidos por el gran dermatólogo Julio Bejarano, que cada día que pasaba sentía mayor devoción por Marañón. Bejarano me dijo en el curso de un almuerzo en México y ante algunos de los ariscos: *A usted le encomiendo, Vega, que convenza a Marañón para que venga. Le recibiremos todos con los brazos abiertos. Sus antes detractores serán los primeros en abrazarle. Si los españoles nos parecieran un poco a Marañón no habríamos guerreado y no andaríamos diseminados por el mundo...* Y en una carta privada Bejarano me escribía: *El hecho de que en la España franquista se acojan a Marañón todos*